

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

La reciente publicación en España de *Los fuegos de otoño* (Salamandra) suma otro capítulo a una historia literaria que sorprendió al mundo en 2004. Ese año, la editorial francesa Denoel publicó una novela —o conjunto inconcluso de novelas— titulada *Suite francesa*, cuya autora había muerto, se dice que de tifus, en el campo de concentración de Auschwitz, en agosto de 1942. Antes de su detención en la localidad de Issy-l'Évêque —donde se había refugiado junto a su familia— y su posterior deportación, Irène Némirovsky había guardado ese manuscrito inédito, así como cartas y fotografías, en una maleta que le entregó a su hija Denise. La niña, de 13 años, y su hermana Elisabeth, de cinco, vivieron el resto de la guerra y la ocupación nazi de Francia escondidas y protegidas por su institutriz y por amistades, sin despegarse de su preciosa maleta. Su padre, Michel Epstein, detenido tres meses después que ella, fue asesinado en las cámaras de gas.

Las circunstancias daban para otra novela y sin duda despertaron el interés de los lectores, pero lo que hizo de la *Suite francesa* un éxito total de crítica y de ventas fue la calidad literaria del texto, la mirada aguda y sin concesiones de su autora para entregar el retrato menos amable de la pequeña burguesía parisiense durante la Segunda Guerra Mundial y particularmente frente a la ocupación alemana. Ese año 2004, *Suite francesa* se convirtió en la primera obra póstuma ganadora del Premio Renaudot.

El universo Némirovsky

El impacto de esta novela, cuyos derechos en español fueron adquiridos por Salamandra y en su edición en inglés vendió cerca de un millón de ejemplares, fue la mejor puerta de entrada al universo de Irène Némirovsky. A partir de entonces se empezaron a reeditar las obras que le habían dado un nombre en la escena literaria del París de los años 30 que, probablemente, le hicieron creer, a ella y a sus cercanos, que la desgracia no la alcanzaría.

Nacida en Kiev en 1903, Némirovsky pertenecía a una acomodada familia de la diáspora ucraniana que debió huir de la revolución bolchevique y que, después de vivir un año en Finlandia, se instaló finalmente en Francia. Educada por una institutriz francesa, Irène continuó sus dificultades sus estudios, y en 1926 obtuvo su licenciatura en Letras en la Sorbona. Ese mismo año contrajo matrimonio con el ingeniero convertido en banquero Michel Epstein. En 1929, Némirovsky concluyó su primera novela y la envió a la editorial Grasset, pero sin poner su nombre, por temor al rechazo. Lejos de eso, Bernard Grasset puso un aviso en la prensa para dar con "el autor" de esa obra brillante, tan audaz y aguda; aunque Irène tuvo que responder a un interrogatorio para demostrar que David Goldfarb, la novela en cuestión, le pertenecía.

Ese libro, en el que Némirovsky da cuenta de algunas temáticas y fijaciones que la acompañarían en adelante, muchas de ellas tomadas de su propia biografía —como la importancia que se le da al dinero y lo que se puede hacer y perder por obtenerlo; o el retrato de la mujer de Goldfarb, en quien pone rasgos de su propia madre, Fanny; egocéntrica, ambiciosa y despilfarradora—, fue reeditado poco después del éxito de *Suite francesa*, y se publicó en español en 2006, el mismo año que *El baile*, de 1930.

En 2009 fue el turno de *El maestro de almas*, que había aparecido en 1939 en la revista *Gringoire*; y en 2010, *Nieve en otoño*, de 1931, y *El caso Kuri-Íov*, publicada en 1932 en la revista *Les Annales politiques et littéraires* y editada como libro en 1933. Luego vendrán *El vino de la soledad* (1935) y *Los perros y los lobos* (1940), en 2011; *Jezebel* (1936), en 2012, y dos años después *Los bienes de este mundo*, que la revista *Gringoire* dio a conocer en 1941 y fue editada como libro en 1947, terminada la guerra y con su autora muerta. Completamente póstuma, *El arden de la sangre* se conoció en español en 2007.

Nuevo hallazgo

Ahora, Salamandra, dueña de los derechos de todas las obras de Némirovsky en español, publica *Los fuegos de otoño*, que solo se había conocido de manera póstuma en 1957, bajo el sello Albin Michel. Para aquella edición, sin embargo, se tomó como base una copia distinta a la actual. Ambas versiones mecanografiadas se conservan en el Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine, IMÉC, creados en 1988 precisamente para el resguardo y la investigación de fondos editoriales y documentos relacionados con la vida

Líneas escogidas

"Era el momento en que la retaguardia había decidido que ya estaba bien de sacrificarse y llorar por la sangre que ya se había vertido o por la que, inevitablemente, seguiría vertiéndose. Los políticos, los corruptos, los aprovechados de toda laya, los obreros, mal acostumbrados por los altos salarios, vivían para sí mismos y dejaban que el frente se asfixiara, se desgranara y muriera. ¿Y para qué? —se preguntaba Bernard—. Es inútil, nadie vencerá. Todo el mundo está en las últimas. Los países acabarán volviéndose a sus fronteras, exhaustos, exangües, moribundos.

NUEVO RESCATE EDITORIAL | Novela publicada en 1957:

El fuego inextinguible de Irène Némirovsky

Después del sorprendente éxito de *Suite francesa* y de la recuperación de otros libros de esta escritora muerta en Auschwitz en 1942, la publicación de *Los fuegos de otoño* reafirma la calidad literaria de Irène Némirovsky y la barbarie de quienes segaron temprana y cruelmente su vida. El libro estará disponible en Chile a partir del 8 de julio.

del libro durante el siglo XX. En 2004, la editorial Albin Michel depositó sus fondos en este centro ubicado en Caen, en la región de Normandía, poniendo a disposición de los investigadores sus diferentes colecciones y autores, entre ellos, Irène Némirovsky.

El hallazgo de esta segunda versión, con correcciones y anotaciones a mano de la propia autora, lo hizo la profesora italiana Teresa Manuela Lussone, quien acudió al IMÉC para hacer su tesis sobre Irène Némirovsky. Según contó al diario ABC de España, se encontró entonces con 18 cajas, que correspondían a lo donado por las hijas de Némirovsky, en 1995, y por el conjunto de archivos entregado por la editorial Albin Michel. Lussone se interesó en *Los fuegos de otoño* al descubrir que "el dossier relacionado con esa novela estaba muy documentado y era muy completo", dijo al diario español.

Al revisar los papeles, con el objetivo de conocer la historia detrás de *Los fuegos de otoño*, Lussone descubrió que la versión que se había publicado en 1957 no era la última. Había otra, revisada completamente a mano por la autora, en la que la investigadora detectó "una revisión estilística muy cuidadosa".

Este descubrimiento explica, en cierta forma, un paréntesis en la recuperación de toda la obra de Némirovsky en español: seis años transcurrieron entre la edición de *Los bienes de este mundo* y *Los fuegos de otoño*, que en Chile estará disponible a partir del 8 de julio. En Salamandra ya tenían traducida la versión anterior y preparaban su publicación cuando se descubrió el nuevo manuscrito, y como es lógico, hicieron una nueva traducción.

Fuegos purificadores

"¿Ves? —le decía— Son los fuegos de otoño. Purifican la tierra; la preparan para las nuevas semillas. Vosotros aún sois jóvenes. Esos grandes fuegos aún no han ardo en vuestras vidas. Pero se encenderán. Y devorarán muchas cosas. Ya lo veréis, ya lo veréis." Quien habla en sueños es la señora Pain, abuela de Thérèse. A sus más de 80 años, la sabia mujer ve cómo sufre su nieta en un matrimonio mal avenido debido al engaño de Bernard, el marido, con quien se conocen desde niños. La abuela trata de transmitirle a Thérèse su experiencia, pero la voz no le sale, ha sufrido un ataque.

La novela está dividida en tres partes, que cubren los años de 1912 a 1918; 1920 a 1936, y 1936 a 1941. Iniciada en 1941, Némirovsky concluyó su escritura solo unos meses antes de ser detenida. Es decir, trabajó en ella de manera prácticamente simultánea a *Suite francesa*. Y hay puntos que las unen, sin duda. En la última parte, ya en plena ocupación alemana, vuelve sobre la huida de los franceses, y su mirada es implacable hacia la burguesía que no se desprende de sus privilegios ni siquiera en esas circunstancias: "Los Detang no se habían olvidado de nada. El coche debía de ir lleno a reventar. Si mucha gente viajaba con tanto equipaje, no era de extrañar que la huida fuera tan lenta y penosa...".

Tal como en la *Suite francesa*, es difícil imaginar que quien escribe es una mujer ace-

para todos. Ese es nuestro ideal y hacia eso vamos. Pero, mientras tanto, ¡qué espantosa pelea! Eso es porque el mundo todavía es pobre. No producimos lo suficiente".

"—Por favor... —le dijo Detang, posándole la mano en el brazo con un gesto afectuoso—. Por favor, no te amargues en mí mismo. Incluso en los peores trances he sabido conservar mi fe en la bondad del ser humano, o por lo menos en su infinita perfectibilidad. Estoy convencido de que llegará un día en que este mundo se parecerá a un banquete (sí, es una idea que se me ocurrió el mes pasado, en Toulouse) en el que todos tendrán su sitio, en el que habrá comida y bebida

chada por el peligro. Porque si bien se había convertido al catolicismo en 1939 y había bautizado a sus hijas, la escritora no había conseguido la nacionalidad francesa y muchos le habían dado la espalda. Es decir, era una apátrida de origen judío, escondida de los nazis. Y, sin embargo, su escritura no traslució urgencia ni desesperación.

Si hay en *Los fuegos de otoño*, un intento de explicación o comprensión —no disculpa— de la decadencia de la burguesía parisiense, que tan bien retrata en la *Suite francesa*. Aquí, conocemos a sus personajes en los años previos a la Gran Guerra, los vemos tal como han resultado ser después de esta, y cómo se enfrentan a un nuevo conflicto. Hay muertes de algunos personajes cercanos a Thérèse Brun, y la transformación de otros ante un mundo que les ha hecho perder la inocencia. Como Bernard Jacquelin, su amigo de la infancia, más tarde su marido, y coprotagonista de este relato. En ese sentido, la novela es también un alegato contra la guerra, y en particular en contra del conflicto de 1914. Némirovsky devela los negocios turbios y la corrupción en el período de entreguerras y cómo algunas acciones de esos franceses acomodados tienen trágicas consecuencias para los personajes, cuando estalla la segunda conflagración mundial.

Vuelve a aparecer entre los personajes de Némirovsky una mujer ambiciosa, sin escrúpulos, vanidosa y egóista —la señora Detang— y es imposible no pensar en la mala relación que la escritora tuvo con su madre, y que la persiguió incluso después de muerta: tras la guerra, sus hijas, Denise y Elisabeth, acudieron donde su abuela Fanny, que vivía cómodamente en Niza, en busca de ayuda. Ella se las negó.

Se ha dicho que Némirovsky se convirtió al catolicismo como medida de protección ante la persecución de los judíos. Pero su novela refleja en muchos aspectos la profundidad de un pensamiento cristiano, encarnado en Thérèse, que es capaz de perdonar una y otra vez a Bernard porque confía en su redención. "Y aunque sabía que ella no tenía nada que reprocharse, aceptaba la misteriosa solidaridad del matrimonio y que el inocente debe pagar por el culpable", escribe. Y en otra parte, incluso llama a las alturas: "—Si no me has abandonado —murmuró, alzando los ojos hacia el cielo en un instintivo acto de súplica—, hízime saber con una señal más, Jesús, ¡una sola! No me pongas más a prueba!". Thérèse e Irène parecen muy sinceras en esta súplica.

En el campo de batalla

Esta nueva edición de *Los fuegos de otoño* fue realizada por Teresa Manuela Lussone y Olivier Philipponnat —autor, junto a Patrick Lienhardt, de *La vie d'Irène Némirovsky* (2009), biografía de la escritora aún no traducida al español—. En ella, los editores tomaron en cuenta las "supresiones, adiciones y modificaciones, sustanciales en algunos casos", que introdujo la autora. Sin embargo, conservaron tres capítulos de la primera parte —el quinto, sexto y noveno— que Némirovsky había querido eliminar, pero que, a criterio de ellos, "permitían al lector contemporáneo comprender mejor los desastrosos efectos de la guerra de 1914-1918".

"Y aciertan plenamente: en el capítulo 5, se narra la experiencia en la guerra del médico Martial Brun, primo de Thérèse y su primer marido. En el sexto, es el joven Bernard Jacquelin quien avanza en la retaguardia, herido y extremadamente cansado, después de cuatro años de lucha. "Mi vida o mi muerte no significan nada. Los héroes, la gloria, ¿dennarum tu sangue por la patria... Monsergas de los civiles. En realidad, ni siquiera soy necesario. Para la guerra moderna, lo que se necesitan son máquinas (...). Eramos hombres... Y puesto que no podemos convertirnos en máquinas, puesto que ya no somos hombres, sentíame que hemos retrocedido al estado del salvaje del animal", reflexiona Bernard, camino a convertirse en quien asume la vida como una revancha, aunque sin dejar completamente de lado los escrúpulos. En el noveno de estos breves capítulos, Bernard tiene 22 años y está de vuelta en la casa de sus padres, quienes ven con extrema preocupación los cambios que ha experimentado su hijo después de cuatro años en el frente. Sin duda es la guerra la que ha producido esas transformaciones, pero también las distancias generacionales. Y Némirovsky las pone en evidencia. Bernard ya no es el adolescente de 18 años que partió a la guerra, por más que se resistía a creerlo la señora Jacquelin.

Es curioso que la escritora haya querido eliminar esos tres capítulos. Afortunadamente, los editores pasaron por alto la indicación, y entregaron una nueva joya del universo Némirovsky.



"Los fuegos de otoño" se publicó de manera póstuma en 1957, bajo el sello Albin Michel. Para aquella edición se tomó como base una copia distinta a la actual.

FRANCISCO JAVIER